

# Dulce Sincronia

Claudia Zamora

Image not found.

# Capítulo 1

Dulce Sincronía

NOVELA

Dulce Sincronía

Autor: Claudia Zamora

Primera Edición: Diciembre 2012

ISBN-13:9781478358398

©Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del autor.

Copyright © 2012 Claudia Zamora - todos los derechos reservados.

[www.claudiazamora.net](http://www.claudiazamora.net)

“La vida es hermosa, Vivirla no es una casualidad”.

Albert Einstein

## Índice

I.	SOPLA EL VIENTO	6
II.	LA CIUDAD MÁGICA	23
III.	AVE FÉNIX	38
IV.	CALLE OCHO	56
V.	MIAMI TOWER	79
VI.	SINCRONICIDAD	105
VII.	PICANTE COMO WASABI	140
VIII.	ENCRUCIJADA	155
IX.	VICTORIA	169
X.	EROS MATUTINO	181

## XI. EL REGRESO 189

Sopla el Viento

Carolina del Norte, EEUU

El 27 de agosto había caído en día sábado.

Un sábado muy parecido al anterior, con el mismo paisaje de todos los días, el mismo cielo azul sin nombre, húmedo del Atlántico, que nos traía noticias de cuanto sucedía al otro lado, a la salida del sol.

Las nubes eran las nubes del día anterior, las mismas nubes huérfanas que son empujadas por la brisa; los mismos árboles que nunca conseguirá arrancar el viento, firmes, silenciosos, con la savia templada de otros huracanes y de otras tórridas tormentas.

Una dirección del viento, de las circunstancias, del destino o de la casualidad, siempre marca nuestro rumbo.

Sea hacia al Norte, sea al Sur; la misma engendra un impulso irresistible que acomoda nuestras vidas, en alineación con las fuerzas del azar y nuestra eventual designación terrestre.

En este caso, el Este había engullido el destino de la familia López.

¿Cuál es el mensaje que la Providencia enuncia con sus fuertes vientos? - Se preguntaba Amanda López, mientras miraba el cielo de Simpson Village; una pequeña población de escasos doscientos habitantes, a unas 150 millas de la costa atlántica.

- No pasará nada!, se decía una y otra vez, intentando atisbar algo diferente, en los filamentos blancos de las nubes más lejanas.

¿Qué podía saber ella?

Absolutamente nada.

Era una recién llegada a estas tierras y nadie le había hablado jamás de

huracanes en Simpson Village.

Esta sería la primera vez que podría presenciar un huracán en vivo y en directo.

Y no sentía ningún placer por sobrevivir una nueva temporada de tormentas tropicales.

Ella no había nacido para vivir la vida en lugares donde Dios traza una línea con los vientos.

Amanda López, era una mujer positiva y valiente, pero por sobre todo, tenía mucha fe y amor en su corazón.

Desde pequeña había aprendido a comunicarse con el lenguaje de la naturaleza.

Su abuela Cecilia, le había enseñado a mirar y observar el mundo con otros ojos.

Con los ojos del amor hacia todo lo creado.

Doña Cecilia, que escondía su cabello gris canoso con pañuelos de vivos colores, había sabido aprovechar su vida, acumulando una serie de grandes conocimientos; que transmitía con cariño a algunos de sus descendientes.

No creía en dogmas ni doctrinas; pero apreciaba la obra del buen Dios manifestada en todo cuanto la rodeaba y a menudo, se conectaba con sus guías espirituales, con un profundo sentimiento de respeto hacia los animales y seres vivos.

Había heredado de su madre, el don de curar con plantas y hierbas medicinales y muchos en su comarca la llamaban 'curandera' porque arreglaba milagrosamente esguinces, torceduras y huesos rotos, además de curar el empacho y el temido mal de ojos.

A pesar de la pérfida fama que la escoltaba, como suele ocurrir en los pequeños pueblos; Doña Cecilia poseía un mundo personal muy auténtico con sus valores, los cuales transmitía con su nobleza ante la vida.

Insistía en que para poder hacer "la paz" había que tenerla interiormente y cultivarla cada día con el santo ceremonial de agradecimiento a la bendita tierra que pisamos.

Abuela Checha, como solía llamarla Amanda cariñosamente, le había enseñado el arte de meditar y de escuchar el sonido del silencio, como así también, comulgar con los genios del universo mediante ciertas

invocaciones mágicas.

Amanda había crecido observando estos extraordinarios rituales, que doña Cecilia denominaba “energéticos” y que reforzaban aquella profunda fe que la guiaba, y tenía por costumbre, sin importar el sitio donde se encontrase, agradecer cada día, por todo cuanto tiene vida en la tierra.

Desde los coloridos y fuertes robles, que enmarcan el lote de su casa, las inanimadas piedras que conservan el espíritu del tiempo en sus entrañas, como así también la vida de las mujeres y hombres que habitan nuestro fértil planeta.

Todo parecía estar tranquilo, a pesar de que la vibración en su calle, se sentía diferente; un síntoma que Amanda percibía desde hacía un par de días, y que la llevaba a estar más pendiente y conectada con sus percepciones.

Cerró sus cándidos ojos, y respiró profundamente, cargando sus pulmones y exhalando nuevamente, en el intento de sentir el pulso de la coyuntura inmediata.

Recordó que una vez, cuando tenía alrededor de once años, la abuela le había enseñado, ‘casualmente’ a hacer un ritual para los vientos.

De pronto, su rostro se iluminó con fe, y su piel se estremeció sintiendo también la presencia de Abu Checha cerquita de ella, guiándola.

Pasaron veintiocho años y miles de kilómetros de distancia, desde aquel ritual mágico en casa de Doña Cecilia.

Ahora, con sus dedos, apoyados sobre la tierra, en este pequeño pueblo de Carolina del Norte, Amanda dibujaba un enorme círculo blanco dividido en cuatro partes de azúcar, simbolizando las cuatro esquinas del mundo.

Con magistral ritmo sacro, en su centro, colocaba una velita, representando los cuatro puntos cardinales asociados con las fuerzas de la naturaleza.

Blanco hacia el Norte, codificando la sabiduría y purificación del espíritu.

Amarillo hacia el Sur, lugar de vida y florecimiento de las semillas de expansión de luz.

El Azul hacia el Oeste, donde todo se transforma y renace, y por fin, la vela Roja hacia el Este, representando nuestras emociones y pasiones y por donde la tierra recibiría la sacudida de los vientos más fuertes, ahora

de la mano de un huracán bautizado con nombre de mujer: "Irene".

Una vez armado el círculo de poder, encendería cada uno de los fuegos en las cuatro direcciones, y en voz alta y resonante, elevaría sus peticiones al cielo y a sus ángeles auxiliares:

"Que la Tierra resista en perfecto equilibrio, la fuerza de los vientos. Que Dios, los ángeles y los espíritus guías, nos protejan.

Que así sea!".

Dio por finalizado su ritual mágico, que la había sumergido en la atemporalidad del espacio exterior y con su mirada humedecida de emoción, miró hacia el cielo, el movimiento rápido de las nubes, y delicadamente suspiró con confianza renovada y su alma serena.

Las ramas de los arcos se columpiaban incesantemente y el aire que venía viajando desde el Atlántico, traía bocanadas saladas cargadas de misterio y de mar.

Cerró las puertas y ventanas del patio y encendió el televisor.

Greg Fishel, comentarista meteorológico, de la cadena de televisión local WRAL, comentaba con voz honda y penetrante:

"En la región metropolitana de Washington como en la Costa Este, comenzaron las preparaciones. El posible paso del huracán Irene, podría causar inundaciones y cortes de energía eléctrica. El gobierno aconseja a la población tomar los recaudos necesarios para surtirse de alimentos de primera necesidad, agua, comida enlatada, linternas con baterías y velas, así también, como llenar los tanques de los automóviles con gasolina y tener dinero en efectivo suficiente para al menos unos cuantos días." –

También explicaba el funcionamiento del sistema de emergencias 'weather call', que monitorea permanentemente el paso de las tormentas y avisa telefónicamente, a los residentes que se encuentran viviendo en la 'línea de fuego' – como ellos le llaman, o sobre el peligro.

Siendo casi todo el Este, una zona afectada regularmente por tornados y fuertes tempestades, este sistema de pre-aviso de desastres, había demostrado ser muy eficaz.

Pero a pesar de ello, ¿funcionaría este sistema en casa de los López?

Amanda confiaba en los métodos americanos, pero sabía que no era suficiente amparo.

Subió al ático en la parte superior de la casa, y despacito observó cada viga de la estructura de madera.

¿Resistirían la fuerza implacable de Irene?

Michelle Brown, que vivía dos casas, calle arriba; alarmada, revisaba presurosa un par de linternas, asegurándose que ambas tuviesen baterías nuevas y funcionasen correctamente.

Michelle tenía una voz preciosa y soñaba con ser cantante algún día.

Lamentablemente, había suspendido aquellos sueños de manera abrupta e inesperada al perder a sus padres en un fatal accidente automovilístico, del cual su hija, Katie de ocho años, se había salvado milagrosamente.

La vida le había enseñado a ser fuerte ante la adversidad, pero aun así, estaba asustada por lo que este huracán podría traer entre manos.

Luego que su esposo se marchase, hacía ya un par de meses, ella y Amanda solían conversar por las tardes, mientras sus hijas andaban en bicicleta por la cuadra o hacían juntas las tareas de la escuela.

Ahora sentada en el escalón de la entrada de la casa de los López, con voz entrecortada reflexionaba con tristeza:

-Como nuestras vidas pueden cambiar vertiginosamente y sin previo aviso, en un abrir y cerrar de ojos! –

-Ya lo creo Michelle! A veces el destino nos da vuelta como una tortilla – Amanda le decía, mientras Carol Baker, su vecina de enfrente, a golpe de martillo, intentaba clavar unas maderas que sirvieran de protección adicional a sus ventanas.

Tanto Carol como Michelle, habían acordado con Amanda, mantenerse informadas de todo movimiento en caso de sufrir la interrupción del servicio eléctrico.

Incluso se habían puesto de acuerdo en que llegado el caso que Irene se convirtiera en un huracán de categoría 3 o superior, todos se resguardarían en casa de Amanda, que era una de las pocas casas del barrio que contaba con un sótano.

Intuitivamente, y por casualidad, cuando los López compraron aquella propiedad, les resultó atractivo el hecho que contase con un sótano adicional, que además de estar debajo la estructura de la casa, estaba construido con concreto macizo y podría eventualmente servir de refugio.

Hasta ese momento, Amanda López gozaba de vivir una vida en armonía y tranquilidad.

Su mundo giraba en torno al cuidado de sus pequeñas hijas, las fragantes y coloridas flores de su jardín y sus curiosas mascotas.

Disfrutaba la sencillez de vivir en una ciudad pequeña cercana a la Costa Este de los Estados Unidos.

La mayor parte del tiempo, lo utilizaba, escribiendo emails y cartas amorosas a su esposo Ramiro, quien era soldado y ahora estaba cumpliendo servicios militares en Medio Oriente; también, detallando fragmentos de su vida cotidiana, y tomando apuntes en su libro diario, ahora en forma de documento digital en su computadora.

Luego de vivir en Europa algunos años, había llegado el momento de por fin, consolidar un domicilio fijo donde educar a sus dos niñas, Victoria y Emily, ambas cursando los primeros años de la escuela primaria.

Carolina del Norte, parecía tener las cualidades pertinentes para establecer una familia y gozar de una vida buena y pacífica.

Lejos de los ruidos bulliciosos y calles malolientes de barrios urbanos; este sitio gozaba de bellos y verdes bosques, ríos cristalinos y prestigiosas escuelas donde educar a las niñas.

Siempre y cuando no hubiese amenaza de huracanes, como en este caso.

Imprevisto, que puso en tela de juicio la seguridad de Simpson Village y la de la propia vida de Amanda, que ahora se encontraba sola con sus pequeñas, ante la posibilidad de perderlo todo con un solo soplo de viento huracanado.

A pesar del corto tiempo que vivían en este lugar, ella y las niñas, habían creado lazos de amistad con la mayoría de sus vecinas, que también casualmente, por hache o por be, se encontraban sin la compañía de sus esposos.

Por las tardes, a veces se reunían las mujeres de la cuadra, a tomar té en casa de Martha Sullivan; que tenía cinco niños en escalera y estaba estudiando para Chef en Le Cordon Bleu; por lo que, habitualmente, los deleitaba con sus decorados y apetitosos pastelitos.

Aquella mañana, se había cruzado con Martha, que afligida y apurada, daba marcha atrás con su camioneta Explorer llena de niños, y le había comentado que pensaba manejar a casa de sus padres y que sentía

mucho miedo por el huracán.

Le dejó el número telefónico donde se encontraría, por si acaso, hacía falta, y se despidió con un apretado abrazo, suplicándole a Amanda, que por favor estuviera pendiente de 'Tyson', un veterano Bullmastiff que custodiaba vigilante su casona enrejada.

La alcaldesa, Beverly Perdue, había hecho su aparición en el canal de noticias, alertando a la población, a evacuar las zonas costeras, inmediatamente, y previniendo también, que por el tamaño y la fuerza del huracán "Irene", sería el evento más importante, quizás en los últimos veinte años desde un sistema tropical, que merecería toda la atención juiciosa de los habitantes de esa nación.

Amanda, presurosa, cerró todas las ventanas y se aseguró que no quedasen fuera maceteros y elementos que pudieran transformarse en nocivos proyectiles en caso de ser soplados por los fuertes ventarrones.

Junto con Victoria, su hija mayor, aprovechó para hacer un corto video clip dedicado a su familia.

Quizás para calmar sus propias ansiedades o como legado prematuro obituario, que ante el lacerante enigma de lo fortuito, nos deja servilmente, su recuerdo.

Con la lente de la cámara, enfocada en el fondo de la calle, les mostraba el movimiento ondulante de los árboles y el silbido del viento que apenas dejaba oír su voz.

Concluyó brevemente, diciéndoles que todos estarían bien, que no se alarmasen con las noticias y que, por sobre todo, tengan mucha fe y elevasen sus plegarias al cielo, implorando la protección divina.

La positividad de aquellas palabras, parecían haber tranquilizado los corazones de aquellas mujeres, que expectantes veían pasar los minutos como una caravana de gitanos en medio de una tormenta del desierto.

Ya comenzaban a sentirse las ráfagas de viento húmedo, volando algunos adornos del patio.

Las campanitas tibetanas colgadas debajo del alero del porche, habían quedado desparramadas en el centro del terreno.

La pequeña Emily seguía mirando por la ventana con sus vivaces ojitos puestos en la calle.

Estaba preocupada que su gato no regresaba.

Hacía rato que estaban llamándolo pero este había cruzado la calle del otro lado y no se lo veía.

-Mami por favor, busquemos a Wiskas, te lo suplico!

-No te preocupes Emily, Wiskas vendrá pronto. No le sucederá nada! -

-Seguramente Wiskas anda de paseo en casa de los vecinos –la levantó a upa, y la abrazó tranquilizándola.

Wiskas era un gato pardo muy juguetón, que había llegado por casualidad al barrio y que los López adoptaron con mucho cariño; especialmente Emily, que además de jugar con él, disfrutaba de tenerlo acurrucadito encima de sus pies por las noches.

Todos en la cuadra, lo conocían y cuando andaba merodeando por ahí, algún vecino lo acercaba a su casa.

Esta vez, comenzaba a preocuparles que no se lo viera por ningún sitio, o se escuchara el cencerro que llevaba colgado en su collar.

Los vientos ahora se desplegaban a más de 130 millas por hora.

Toda una nación subyacía expectante frente al televisor, siguiendo la guía meteorológica que iba indicando el paso del huracán Irene con lujo de detalles.

Según el canal de noticias CNN, unos 65 millones de personas podrían verse afectados por el huracán que el mismo presidente Barack Obama calificó de 'histórico y trascendental'.

La Guardia Nacional, como los servicios de emergencia de FEMA, estaban preparados con más de doscientos mil miembros voluntarios, para hacer frente a la catástrofe en caso de una inminente emergencia.

Los aeropuertos de las ciudades aledañas a la costa, como así también los de rutas internacionales, fueron clausurados como medidas preventivas.

Y más de siete mil pacientes fueron retirados de los hospitales de la ciudad ubicados en las áreas más vulnerables.

Se esperaban al menos unas 6 o 7 horas de fuertes ráfagas y tormentas eléctricas efectivas en el área.

Ante ese panorama de inseguridad y descontrol, Amanda trató de conservar compostura, al tiempo que se preparaba para abordar esta

situación tan estresante, con valentía y compromiso.

No era la primera vez que la vida la enfrentaba ante una gran prueba.

La diferencia consistía en que esta vez tenía dos pequeñas en su regazo que dependían de su cuidado y voluntad.

Con sus cabellos pelirrojos, llovidos sobre sus hombros y sus pestañas boscosas, trataba de disimular su preocupación, fingiendo una trémula sonrisa y entreteniendo su día como si este fuera un día común y corriente.

Un sábado más, sin agendas programadas.

No obstante eso, sus niñas estaban atemorizadas y con los ojos fijos en la pantalla del televisor, tratando de averiguar el paso preciso de Irene.

Especialmente Victoria, que en la escuela, ya le habían enseñado a interpretar el servicio meteorológico.

Según iban cambiando los colores de las franjas que mostraban en el mapa, apoyaba su dedo índice sobre la pantalla, tratando de medir la distancia de la temible flecha roja serpenteante, que representaba el ojo de Irene, hasta Simpson Village.

-Tal vez sea mejor apagar la tele por un rato Vicky; deberíamos escuchar música!- sugirió Amanda, con voz alegre, disimulando su desasosiego, y queriendo distraer el ánimo de sus pequeñas.

Victoria, buscó entre sus CDs, alguno que las distrajere, mientras llamaba a su hermanita.

-Ven aquí Emily! Ayúdame a encontrar el CD del cuento de Aladino-

-¿Otra vez?...Ese cuento ya lo conocemos!, yo no quiero ese cuento! – se negaba la pequeña Emily haciendo pucheros con sus labios.

Las niñas eran muy obedientes, pero en casos como este, sólo querían estar abrazadas a su mamá.

El pecho calentito de Amanda, era el único sitio seguro para ellas en este amenazante día gris.

Amanda, muy operativa, ya tenía organizado su plan de emergencia, e incluso había preparado unos emails para su esposo, avisándole que tal vez no tuviesen energía eléctrica por los próximos días.

No era su costumbre preocuparlo.

Comprendía que Ramiro no se concentraría en su trabajo sabiendo que Amanda estuviera en problemas.

Máxime que fuera algo que escapase a su control y que a la distancia le fuera imposible resolver.

Ramiro era un hombre prevenido y calculador.

No le gustaban las sorpresas y mucho menos, si estas fuesen de carácter incontrolable.

Tenía adoración por sus tres mujeres y no veía la hora de que los gobiernos pusieran fin a las incongruentes guerras y pudiera regresar pronto a su casa para acompañarlas.

Amanda sabía que estando tan lejos de su hogar, se sentiría impotente y distraído y en medio de una batalla, no es bueno preocupar a un soldado.

Debería ser fuerte y tratar de sobrellevar este incidente con calma.

La compañía de sus hijas y sus vecinas, en cierto modo, la tranquilizaba y sentía que también sus espíritus auxiliares la protegerían; no obstante ello, la situación era compleja para cualquier persona, más allá de sus creencias, de su nacionalidad o del color de su piel, todos eran efímeras partículas de luz en la inmensidad del universo.

Partículas que fácilmente podían ser arrastradas por los fuertes vientos.

Y aun contando con la fortaleza de un sótano de cemento, lo cierto es que ningún lugar es seguro ante la bravura de un huracán.

Se sentía fragilidad en el ambiente.

Conmoción por los acontecimientos que de repente, los enfrentaban ante situaciones inesperadas y que los representaban vulnerables, llevándolos a recapacitar su racional huella por la vida de manera incorpórea.

Mientras Amanda preparaba un pastel de chocolate, y observando la fuerza con la cual se mecían los árboles en el fondo del terreno de su casa, se remontaba en tiempo y espacio a observar su trayectoria vital, en los últimos diez años de su vida.

Envuelta en su pañoleta de seda azul, se metía en el interior de los dobladillos de los recuerdos, y como quien mira a través de la lente de un caleidoscopio, comenzaba a avizorar pequeños fragmentos que se amalgamaban en situaciones y personajes que habían armado su vida

actual en forma pletórica y sincrónica.

Reflexionaba en las 'casualidades' de algunos acontecimientos de su vida y cómo estos habían influido aún en este presente inverosímil, ahora salpicado con los temores del huracán Irene.

A lo largo de ese recorrido interior por las páginas de su propia vida, Amanda desnudaba su alma buena, hilvanando el colorido rompecabezas de su casual destino.

Transportada mentalmente en su 'Tardis veloz', como carroza del tiempo y el espacio, recapitulaba su llegada a ese país.

América! América! ...

Cuando Dios hizo el Edén...

Pensó en América!

Tarareaba con voz aguda, recordando una vieja canción que cantaba Nino Bravo.

## La Ciudad Mágica

Julia Tuttle, una empresaria dedicada a la siembra de naranjas, fue la primer mujer que fundó una de las ciudades más grandes de los Estados Unidos: Miami: "La Ciudad Mágica", como se le decía en aquella época, hacia finales del 1800.

Luego de una tremenda helada que acechó las cosechas frutales durante 1894-96; Julia persuadió a su esposo, Henry Flagler, un poderoso empresario del transporte de la Costa Este de la Florida, a que incorporaran esta ciudad a la región.

Fue así que en 1896, con sólo trescientos habitantes, Miami resaltaba en los primeros mapas, como una ciudad promisoriosa de prosperidad y

desarrollo.

Con sus características palmeras caribeñas, daba la bienvenida a inversores europeos, que tenían tanta sed de dinero como de sol y de mar.

Su ancho puerto albergó los más grandes transatlánticos que venían de todos lados del globo terráqueo y rápidamente floreció su expansión multicultural, financiera y diversa.

Evidentemente, la intuición de esta gran visionaria nativa de Cleveland, fue totalmente acertada, y hoy en día, Miami está aún en su apogeo económico y es uno de los centros comerciales más prestigioso de América y su puerto, número uno en el ranking, aloja más cruceros de línea de pasajeros del mundo.

En aquel entonces, Amanda Paz era una joven y carismática ejecutiva, que trabajaba para una importante firma de consultoría educativa con su sede central en Buenos Aires.

El puesto demandaba presencia internacional, por lo que solía viajar frecuentemente.

Si bien Amanda había visitado la Florida muchas veces, siempre lo había hecho en calidad de turista y jamás pasó por su mente, en aquel entonces, la idea de abrazar esta ciudad en forma definitiva.

Casi todos los vuelos que tomaba por motivos de trabajo, hacían su escala obligada en Miami, lo cual le permitía muchas veces aprovechar y pasar un par de días, tirada panza arriba al sol, descansando la mente y admirando el maravilloso color turquesa de sus costas.

Cerrando sus ojos aún podía escuchar el ruido de las gaviotas que revoloteaban bulliciosas a su alrededor.

Mientras tomaba un mojito con sabor a menta fresca, escuchando la voz de Celia Cruz invitándola a bailar salsa con su característico "Azúcar" al mejor estilo cubano. Sentía el calor de la arena debajo de sus pies y el olor infaltable del Coppertone SPF 4 sobre su nariz.

Miami era siempre: color, sabor, música, son, en sus recuerdos que la acompañaban de regreso a Buenos Aires como un amuleto de buena suerte; especialmente cuando salía del aeropuerto de Ezeiza y todo lo que la rodeaba se veía gris, opaco, sin brillo alguno.

Recordar vívidamente la travesía por la Ciudad Mágica, la hacía más

permeable a la crisis que reinaba en ese momento en Argentina.

Para entonces, corría el año 2001 y Fernando De la Rúa ya no podía sostener su gobierno.

Las constantes revueltas gremialistas y el pueblo ávido de respuestas a su problemática cotidiana, generó gran inestabilidad social y la catarsis fue sentida en todos los rubros.

La torre se derrumbaba sin clemencia y como tantos otros argentinos, Amanda también perdió su trabajo y las calles de su ciudad, cada día eran más inseguras y oscuras.

Ahora ese recreo mental con imágenes de una ciudad soñada, se abría como una gran puerta de esperanza y expectativa ante sus ojos.

Miami podría llegar a ser un puerto más seguro donde anclar su barca con mejor porvenir.

La resolución a semejante propuesta, no demoró en concretarse y con muy pocos preparativos, casi en un abracadabra, alzó velas a babor rumbo al Caribe Pirata.

Miami significa "agua dulce", así bautizaron los indígenas que habitaban la zona del lago Okeechobee, al río que corría desde los Everglades hasta la Bahía Vizcaína y del cual proviene su origen.

Antiguamente la ciudad fue visitada por los españoles, quienes intentaron colonizar la región, pero luego de congruentes luchas políticas, desistieron en su afán, marchándose de allí.

Aún hoy, en medio de modernos rascacielos, se pueden ver restos de algunas edificaciones jesuitas y el clásico estilo español en sus edificios y fachadas que dan un característico sabor latino a sus calles.

Cuentan algunas leyendas, que cuando el conquistador español Juan Ponce de León descubrió la Florida, además de conquistar vastos territorios, este iba en busca de la "fuente de la juventud"; una fuente de agua con propiedades curativas y portadora de la inmortalidad.

Si bien, este noble no llegó a descubrirla; Miami se actualiza y hoy en día es cuna de prestigiosos institutos de salud y spas que promocionan la añorada y eterna juventud.

Con sus playas arqueadas y arenas blancas, la Ciudad Mágica la recibió feliz.

Una luna redonda, brillante y plateada abrió sus brazos y le dio la bienvenida a este nuevo territorio que ya no tendría el fulgor de los sueños, sino el ritmo de un presente insospechado.

Gamila, una egipcia de ojitos azules brillantes y buenos modales, criada en Beverly Hills y casada con Fabio, su amigo del alma, quien había inmigrado hacia un par de años ya, fue la anfitriona perfecta de esa exclusiva ocasión.

Mientras entusiasmada, le daba un caluroso tour mostrándole los lugares más destacados de la ciudad, aprovechaban para buscar algún vehículo que le sirviera de transporte.

Pues, en esta ciudad, el sistema de colectivos, si bien es ordenado, no así muy frecuente.

Habían visitado cantidad de 'dealers', como le dicen a las agencias automotrices, y dentro del mercado del usado, nada encajaba dentro de su apretado presupuesto.

De pronto, se detuvieron en una de las agencias que promocionaban automóviles en oferta; había captado su atención un Mazda, cupé, negro, con vidrios polarizados que parecía hasta sonreírle en ese momento.

Como cábala, su nombre le recordaba a las antiguas leyendas del profeta asirio Zaratustra, intermediario de Sabiduría, Inteligencia y Armonía.

-No creo que mi presupuesto alcance para este! -le decía a Gamila, mientras se cubría del sol con una mano, queriendo revisar el interior del vehículo, que con los vidrios oscuros apenas se dejaba ver.

No tenía ningún cartel con el valor, ni se mencionaba detalle, ni condiciones de venta.

Entraron curiosas a preguntar el precio del vehículo.

-Interesante! - comentó Amanda, levantando una ceja y mirando a su amiga en complicidad.

Si bien este se acercaba más a su presupuesto; el dinero que entonces llevaba encima no alcanzaba a cubrir el total del valor.

Amanda llevaba colgado en su muñeca, un reloj Baume & Mercier de plata, que valía prácticamente el valor de aquel vehículo.

Con desprendimiento desenfadado, le propuso entonces al dueño, -que la miraba con cara de oportunista acrisolado,- tomarlo como parte de pago

del Mazda.

Claro está que lo tomaría solo en un cincuenta por ciento del total.

Aunque a Amanda, tal arreglo no le parecía muy justo, de todos modos, súbitamente aceptó el intercambio, pues al fin y al cabo, le servirían mucho más estas cuatro ruedas, que su menoscabada y casi perdida vanidad.

Salió de allí, con su corazón polifónico de alegría, montada en su nuevo corcel automotriz.

Definitivamente la "magia" se revelaba a cada paso en esta ciudad que la abrazaba y le extendía sus generosas y buenas manos.

Mientras firmaban los papeles de transferencia, compartió con aquel dealer, que se encontraba recién llegada a este país y aún no tenía trabajo.

Casualmente, una información, que a este señor con rostro vampírico y sonrisa fúnebre, pareció llamarle la atención.

-¿Habla usted inglés? – le preguntó, mientras de brazos cruzados, la observaba de pies a cabeza.

-Yes! I do... Respondió Amanda, de prisa y con una sonrisa conquistadora.

-Pues fíjese usted, que casualmente, un primo mío, me comentó estos días, que andaba en busca de una secretaria bilingüe para su empresa.

-Aquí tiene su tarjeta; llámelo, quién sabe?! En una de esas, le ofrece trabajo...

Y le extendió su número de teléfono: "Henry García – Bróker de Negocios" – se leía en letras doradas.

Bingo!

Es cierto que el universo conspira con nuestra voluntad, de maneras insospechadas.

Amanda sentía, que sin mucho esfuerzo, las puertas de esta ciudad se abrían a su paso; era como si le llovieran rosas del cielo.

Con vibrante alegría y sin GPS, tomó el volante y entregada a su antojo,

arremetió en conquista por la US1 bordeando la playa.

Un paseo fantástico que la acercaría al mismo centro de la ciudad.

Con sus ojos atentos al cívico paisaje urbano, observó el majestuoso cartel del American Airlines Arena, que en letras de neón iluminaba: "Ricardo Arjona en Concierto".

-“Vaya casualidad! ...y con lo que me gusta!” –suspiró.

Aunque no contaba con mucho dinero, sintió que regalarse ese concierto podría ser omen de un buen comienzo en este nuevo lugar.

Tantas veces había soñado con asistir a uno de sus conciertos y ahora, sin buscarla, la oportunidad estaba allí presente, escribiendo la música de su corazón, con nuevas partituras.

Era ya casi la hora del show, Amanda, apuró su paso de regreso a su casa; tomó una ducha apurada y sin pensarlo demasiado, se vistió y dirigió rápidamente al evento.

Por sus venas corrían micro-células de entusiasmo y fantasía, que la hacían volar como Wendy de la mano de Peter Pan hacia el país de Nunca Jamás.

Con fervor, se acercó a comprar el boleto de entrada, mientras un muchacho de gruesos bigotes negros, del otro lado de la ventanilla, con su mano le indicaba, que el espectáculo estaba todo agotado.

Por un instante se desanimó.

Pero en ese momento, y por las casualidades de la vida, se acercó un señor, salido no sabemos, de qué galaxia, y le vendió el ticket más increíblemente acomodado: F13 row 03.

Aún Amanda lo conserva pegado en una vieja agenda, como souvenir de un momento muy especial.

El show fue increíble.

Logró transportarla completamente a dimensiones intersiderales.

Estaba sola en una ciudad extraña y sin embargo se sentía feliz y tranquila.

Observaba todo en cuanto la rodeaba con ojos tridimensionales

expectantes ante lo inesperado.

La gente se veía impecable. Rostros jóvenes, pieles doradas por el sol.

Las mujeres de cabellos lustrosos, exhibían sus curvas y escotes con toda autoridad, más los hombres, musculosos y delicadamente perfumados, no advertían su impronta sugerencia.

No obstante esa extraña conexión, se veían felices y apacibles.

El Edén parecía tener su sede central en Miami.

En todos los rincones se respiraba perfección.

-¿Será el efecto de las aguas dulces que buscaba con afán Don Juan Ponce de León? – se preguntaba.

-Tal vez, como el mítico Santo Grial, el cáliz de la eterna juventud, vehementemente buscado, se halle escondido en las pupilas de los habitantes de esta paradisíaca ciudad.-

El espectáculo de belleza insuperable que la cercaba, hechizó su mente.

Y la voz de Arjona, con sus baladas románticas y poesía tonada, la embriagó fulgurante, aquella noche de luna llena.

Ahora ella también se sentía pirata y el espíritu de Jack Sparrow, enardecía sus nuevas aventuras en el Caribe Atlántico.

En el Infierno de “La Divina Comedia” de Dante Alighieri, mientras el fuego devoraba a Ulises atrapado por la misma flama junto a Diomedes, observamos la virtud de una “buena estrella” que lo guiaba.

La misma “buena estrella” que guió por el camino de Belén, a Gaspar, Melchor y Baltasar en el mágico encuentro con el niño Jesús.

Tal vez la misma “buena estrella” que iluminaba su camino y la acompañaba en este nuevo tramo forastero de su vida.

Unos días antes de partir de Buenos Aires, un sueño recurrente solía despertarla en medio de la noche:

-Se veía caminando en dirección hacia un precipicio; su paso era seguro y resuelto, era tan real aquel sueño, que hasta podía sentir el viento meciendo sus cabellos al caminar.

Le inundaba una insolente sensación de libertad y de prisa se acercaba

hacia la orilla.

Miraba con ojos sólidos la inmensidad del vacío; todo se veía lóbrego.

Luego, la escrutaba un impulso irrefrenable y con hipnótica resolución, se lanzaba al vacío.

En ese preciso instante, unas manos colosales, sujetaban su caída.  
Alarmada Amanda despertaba.-

Al despertar, se preguntaba si acaso, estaría realmente esa mano protectora, amortiguando su salto.

Desde su llegada a esta ciudad, tenía la sensación de que los ángeles la acompañaban y que su buena estrella la guiaba a cada paso.

Con la ayuda de su amiga Gamila, no se demoró en conseguir un lindo apartamento y por fin se sentía instalada en este nuevo sitio.

Recordó que el dealer de la agencia de autos, le había dado el número telefónico de su primo, y que este le había comentado, que tal vez podría ofrecerle un empleo.

Lo llamó, concertó cita y luego de una amable entrevista, el puesto era suyo y ese mismo día lunes tendría que estar en flamantes oficinas de una agencia inmobiliaria.

Para ese entonces, el mercado inmobiliario de la Florida, estaba en vertiginosa expansión.

Muchos inversores habían fondeado sus bases de desarrollo en estas áreas, construyendo así comunidades enteras de urbanidad.

Mega shopping centers, donde la gente no tuviera que trasladarse grandes distancias y pudiera interactuar en forma amigable con su entorno, y donde se ofrecen servicios que los habitantes de la comuna o los que transitan por la zona, requieren en forma más cotidiana, como lo son los bancos, farmacias, correos, veterinarias, restaurants, peluquerías y mini mercados.

Una vez consolidado estratégicamente estas mega tiendas, procedían a edificar en forma organizada, barrios privados, incluyendo todas las 'amenities'; fabulosas piscinas, canchas de golf, canchas de tenis, parques para niños y bibliotecas entre otras cosas, para captar la atención de los nuevos residentes.

Esto provocó un auge de compra de propiedades imparable, ya que las propiedades, una vez consolidadas, adquirirían un valor agregado de hasta

más de un 30 por ciento y generaban ingresos rápidos a sus compradores.

Asimismo, los bancos, aprovechando el entusiasmo de los inversionistas, abrieron líneas de crédito fáciles para nuevos dueños con intereses ajustados que posibilitaban la compra de estas tentadoras oportunidades inmobiliarias.

La tarea de Amanda, en este nuevo empleo, sería justamente la de procesar dichos préstamos hipotecarios con los bancos.

Tarea que nunca antes, había realizado, y que representaba un desafío a conquistar.

Pero el ambiente era amistoso, y el salario era muy bueno como para rechazarlo.

Con lo cual aceptó el oportuno reto.

Amanda era una muchacha trabajadora y le encantaban los desafíos.

Era su manera de saciar esa sed de conocimientos que llevaba siempre encendida como una lamparita.

Luego de una semana de exhaustivo entrenamiento, y de leer gruesos manuales del mercado bursátil e inmobiliario, ya se sentía en condiciones de abordar la nueva tarea y muy cómoda y perteneciente a esta ciudad.

Con tantas cosas para acomodar y su atención enfocada en su establecimiento y progreso, no había podido saludar las soñadas playas solares; y su piel estaba pálida y desentonaba con el casi escultural ambiente que la rodeaba.

Para afianzarse más en esa idiosincrasia y dejar atrás su look de turista sorprendida, sentía que tenía que hacer un pequeño up-grade a su imagen personal.

Con la ayuda y compañía de su amiga Gamila, recorrió algunas tiendas que tenían promociones y consiguió un traje de hilo entallado finísimo.

Ahora solamente le faltaba un toque de estilo a su larga melena.

Sin muchas indagaciones y guiándose impulsivamente, por las imágenes del envase, compró un alisador del cabello.

Imaginó que este sería el perfecto toque para enmarcar su nuevo look.

Esa misma noche, en vísperas de lograr un cambio positivo y entusiasmada con la inminente transformación, se colocó el alisador en el cabello.

Ansiosa, no se había percatado de leer las instrucciones detalladamente, sólo reparó en que el líquido tendría que permanecer colocado, durante quince a veinte minutos aproximadamente.

Pasado sólo tres minutos, su cabeza parecía estar en llamas.

Su cabello ardía.

Lo enjuagó inmediatamente con agua, pero junto con el líquido, y sus buenos deseos de lucir su melena larga y alisada, se fue también su precioso y dócil cabello.

Resultado del experimento: un centímetro y medio del cuero cabelludo, como para no quedar pelada completamente.

-¿Se habrá tomado vacaciones mi buena estrella esta noche? Pensaba entre sollozos.

- ¿Cuál paso de la Mágika Formularia omití en el proceso?-

Las preguntas danzaban en su mente, sin respuesta aquella noche y las lágrimas la bañaban sin consuelo.

En un abrir y cerrar de ojos, había pasado por el fuego transmutador sin clemencia.

Ya sólo quedaban vestigios de su vida anterior.

El proceso de purificación alquímica había comenzado.

Sólo el presente la acompañaba.

La ciudad dormía calurosa y su buena estrella, estaba ausente aquella noche.

Ave Fénix

Al recordar esa sensación de desasosiego, que la había hecho dudar por unos instantes sobre la guía de su buena estrella, de aquel entonces, Amanda se preguntó, si acaso tendría esta vez su protección ante el azote de un inminente huracán.

Carol tocó a su puerta enérgicamente.

Amanda, dio un salto pensando que algo malo estaba sucediendo.

-Amanda, abre por favor, es Carol. -Pues mira a quien encontré! Con alegría le mostraba un bulto, del cual asomaban las patitas de Wiskas entre sus brazos.

-Gracias a Dios que apareció! -Suspiró Amanda con alegría.

-Fue Brandon quien lo encontró en casa de los Randall; ellos no sabían que este gato les pertenecía a ustedes, y lo resguardaron dentro de su casa.

-Bueno, dile a Brandon que le debo un pastelito... que se acerque por aquí... Muchas gracias vecina! Y por favor, cuídense! – Se despidió.

Brandon era el niño mayor de los Baker y compañero de kínder de Emily.

Tenía lo que suelen llamar un 'diente dulce', y predilección por los pasteles de chocolate que Amanda solía preparar y repartir entre los niños de la cuadra.

A menudo se lo veía con bigotes de chocolate sobre su pecoso rostro acalorado.

Y al mencionar la palabra "pastel", Amanda se dio cuenta que había olvidado por completo revisar el horno!-

El pastel aún no estaba listo, pero olía delicioso.

El chocolate solía tener un efecto afrodisíaco tranquilizador entre las mujeres.

Pero a pesar del ambiente acogedor que se vivía en el interior de su morada, Amanda, ansiosa, daba vueltas por la sala.

No deseaba alarmar a las niñas, pero el viento hacía temblar los cimientos de la casa cada vez con más fuerza, generando ruidos crujientes e

intimidantes.

Encendió una velita blanca y de rodillas, juntó sus manos en plegaria:

-Estrellita plateada: Te necesito este día más que nunca! para que protejas mi hogar de todo viento huracanado y de las inclemencias del mal tiempo. Te suplico nos envuelvas en un manto azul de luz brillante para que nada nos sacuda!

Al abrir sus ojos, se encontró con el rostro vivaz de Emily que la observaba abrazada a su pony blanco de peluche.

La estrechó fuertemente entre sus brazos, y le dijo:

-Mi niña bonita, no tengas miedo!

Nuestra buena estrella nos cuidará de toda brisa violenta y malintencionada! Todo estará bien! Ya verás. Los angelitos nos cuidaran!

-

Y juntas, se sentaron en la mecedora con Wiskas encima calentando sus pies.

Amanda comenzó a tararear unas canciones con voz suave y serena, hasta que la pequeña Emily, quedó profundamente dormida sobre el campito de su pecho.

Los truenos también se habían serenado con su arrullo. Y su buena estrella la abrazaba entre copos de algodón aquella noche.

Nuevamente, cerró sus ojos y se remontó al año 2001 donde su vida se reinventaba como un ave fénix saliendo de sus cenizas.

Dijo el poeta romano Ovidio, en su obra La Transmutación: "cuando el Fénix ve llegar su final, construye un nido especial con ramas de roble y lo rellena con canela, nardos y mirra, en lo alto de una palmera. Allí se sitúa y, entonando la más sublime de sus melodías, expira. A los tres días, de sus propias cenizas, surge un nuevo Fénix y, cuando es lo suficientemente fuerte, lleva el nido a Heliópolis, en Egipto, y lo deposita en el Templo del Sol".

Como el nuevo Fénix acumula todo el saber obtenido desde sus orígenes, y un nuevo ciclo de inspiración comienza.

Era palpable el desarrollo de aquella transformación que había venido también de la mano de un nuevo cuerpo, y forma en el alma intrépida de

Amanda.

Apenas había podido descansar aquella noche de turbulenta metamorfosis.

Pensaba en el shock que les daría a sus compañeros de trabajo al verla. Pero nada podía hacerse, salvo confrontar la osadía.

Tomó coraje, respiró hondo, se puso su mejor traje e intentó no mirar ningún espejo que pudiese revelarle lo sucedido.

Admitiendo que en ese caminar casi desnudo, sentía también cierto halo de espontaneidad y libertad.

Al llegar a la oficina, la recepcionista del piso, la recibió con una sonrisa y le dijo:

-Qué buen estilo de primavera!-

-Qué alivio! - suspiró - al menos la sorpresa se recibía en forma positiva... pensaba.

Jenny era una muchachita delgadita que siempre se la veía con immaculado maquillaje y blusas de colores flúor que resaltaban el color de su impecable bronceado; ella era la portavoz de todo chisme que revoloteaba por el aire en ese lugar, y quien seguramente se encargaría de avisar al resto de empleados, sobre su nueva apariencia temeraria.

Simpatizaba un poco con Amanda, ya que esta, muchas veces la cubría en los horarios del almuerzo y en ocasiones que tenía diligencias, fuera de la oficina.

Amanda disfrutaba de estar en la recepción para conocer mejor el movimiento y los colaboradores de la Firma.

Su primer préstamo a procesar se asomaba. Este sería el más difícil. Ya que era un préstamo otorgado por una agencia de gobierno -Federal Housing Administration- o más comúnmente: un préstamo FHA. Que estipula el doble de documentación requerida que en los préstamos de entidades privadas.

Amanda había leído cuidadosamente las regulaciones y sus consecuentes requisitos, pero sin tener la experiencia, no dejaba de preocuparle concretar el cierre de esa operación.

La compra venta se haría entre dos colegas de la misma oficina, por un

edificio de inversión de cuatro apartamentos.

Esto claramente, generaría mucha más presión y responsabilidad de su parte, ya que tendría que verles las caras, ya sean estas de odio o de amor, todos los días en caso de que sucediera algún inconveniente.

Si bien, casi simultáneamente aparecieron otros préstamos más para procesar, este primero sería su gran desafío.

Cuidadosamente fue ordenando toda la documentación y haciendo un inventario de los papeles que estaban pendientes.

Absorta en la tarea, casi no advertía la actividad a su alrededor.

Aunque casi todos sus colegas eran muy cordiales y amistosos, Amanda sentía que su nuevo look alienígena la retraía de toda posibilidad de intercambio social.

En ese momento, percibió que alguien había entrado en su despacho, y por encima del monitor de la computadora, vio cómo se asomaban un par de ojos curiosos que la miraban inquisitivamente.

-Hola... me dijo Henry que eres la nueva procesadora, ¿verdad?... comentó con una amplia sonrisa un muchacho de pelo color castaño y ojos color miel.

-Si es cierto, mi nombre es Amanda Paz – y le extendió su mano con solidez.

-Soy Ramiro López, seguro tú tienes toda mi historia personal en esas carpetas – y apuntó con el dedo al fajo de papeles que tenía prolijamente desplegado en frente de ella.

-Oh sí, es tu préstamo motivo de mis desvelos – acotó mirándolo fijamente a los ojos.

- ¿De veras? - Sonrió sutilmente.

Aquella mirada profunda y serena como las aguas de un lago encantado, la atravesaron en silencio.

Por un momento, sintió el calor en sus mejillas. Tragó saliva y devolvió la sonrisa elevando sus cejas con signo interrogante.

-Bueno, te veo luego.

-Sí, nos vemos.

-Que descanses bien – le respondió con voz suave, y cerró la puerta.

De pronto, los personajes de ese préstamo, cobraban vida y comenzaban a hacer su aparición.

En sus manos tenía, no solamente documentos estadísticos, sino historias de vida, de personas reales.

La compraventa se haría entre Linda y Ramiro.

Linda Thomas era una de las vendedoras Top de la Firma.

Llevaba ya como seis meses consecutivos en el cuadro de honor y sus ventas sobrepasaban el millón de dólares cada mes.

Ramiro López, hacía relativamente poco tiempo que había obtenido su licencia de bróker y trabaja part-time en la Firma, ya que aún estaba estudiando en la facultad y además era oficial del ejército.

Los fantasmas del fracaso, le hicieron una visita a Amanda en ese momento:

-¿Y si algo sale mal y la operación no cierra? -La idea la torturaba.

El expediente ya no era solo un documento inanimado, ahora tenía unos ojos preciosos y una voz que retumbaba en las paredes de su cubículo.

Todos los años, a comienzos de la primavera, en el Quiet Waters Park, se celebra "The Renaissance Festival".

Allí se recrea el ambiente, sonidos y sabores de la vida de Europa del Siglo XVI.

Talentosos artesanos, mágicos caballeros, doncellas y coloridos juglares, danzan y festejan el inicio de un nuevo ciclo.

Muchas parejas incluso, aprovechan este festival, para hacer sus votos de compromiso tal como se hacía en la época medieval.

También hay concursos y premios para los mejores vestidos y juegos de rol. Serenatas y marionetas.

Henry García, un muchacho de aproximadamente unos treinta y tanto años, oriundo de Chicago y galardonado como Bróker del Año, ahora, su

flamante jefe, invitó a Amanda a conocer la feria.

El estaría junto con su familia, su esposa Wendy y sus dos hijos Michael y Nicholas, pasando el día allí.

A Amanda le daba curiosidad el espectáculo y aceptó gustosa. Mientras observaba los exóticos trajes de los bailarines, un caballero en brillante atuendo palatino, la divisó entre el público.

Tomó su mano y juntos, se mezclaron en el círculo danzante.

Después de todo, parecía que su nueva apariencia lironda, entonaba más que nunca con el decorado de ese lugar.

Al cabo de la tercera pieza, sus tacones apretaban más que nunca y sus transpirados pies suplicaban su libertad.

-Pues para bailar en el Caribe, mejor hacerlo descalza!

Fue así que esta doncella volvió con algunas ampollas a su torre.

Pero al menos esta noche, dormiría profundamente, ensoñando las fantasías de las princesas barrocas.

Decía alguna vez un poeta, que el "encuentro de dos personalidades es como el contacto de dos sustancias químicas: si hay alguna reacción, ambas se transforman".

En la oficina, habían trabajado duramente esa semana y todos los préstamos estaban acercándose a sus cierres, lo cual significaba que su pago también lo estaba, ya que ella tenía un arreglo comisionado por cada cierre, una vez concretada la operación.

Su jefe comentó que se mudaría a un nuevo apartamento ese fin de semana y por cortesía, Amanda ofreció su indulgente ayuda.

Henry había sido generoso y hasta le había adelantado parte de su salario mientras se gestionaban aquellos cierres.

Además de haber sumado horas a su jornada para poder entrenarla correctamente y que pudiese procesar los préstamos con total autonomía.

Combinaron encontrarse en su viejo apartamento ese mismo sábado por la mañana para colaborar con la mudanza.

Henry comentó que otros colegas también irían a ayudar con la tarea y así

entre todos hacerlo más rápidamente.

Amanda, amaneció temprano, y junto con las golondrinas, hizo su pequeño ritual de saludo al sol; tomó un abundante desayuno como para tener suficientes fuerzas ese día, y con afán se dirigía al lugar del encuentro, que quedaba a unos cuarenta minutos de su casa.

Por alguna razón desconocida hasta ese momento, Amanda se sentía feliz aquel día.

Había descansado bien y ahora tranquila iba manejando por la I95, escuchando las noticias por la radio, cuando de golpe y sin previo aviso, su automóvil se paró totalmente.

Con suerte, pudo hacer la maniobra perfecta como para quedar justo dentro del área de emergencia.

Luego de varios intentos fallidos de resucitación, el auto estaba totalmente muerto.

Amanda no tenía en aquel entonces celular y no podía ver ningún teléfono de emergencia cercano, salvo un público que estaba justo del otro lado de la rampa.

Rápidamente, calculó la distancia de la pared que tendría que escalar y con determinación al mejor estilo Rambo, comenzó a treparse a la muralla para conseguir ese atinado teléfono.

A pesar del desafortunado percance, sus angelitos la resguardaban, y en ese preciso momento, y por casualidad, justo pasaba por allí uno de los colegas que iba para colaborar con la mudanza.

Pudo reconocerla y frenar unos metros más adelante en su auxilio. Pero Amanda tuvo que dejar el auto allí, ya que no había manera de hacerlo arrancar.

Estaban en medio de una carretera de mucho tránsito y no había mucho que pensar.

Por lo que rápidamente partieron a la casa de Henry que los esperaba con los brazos abiertos y una pila de paquetes y cajas para mudar.

Para su sorpresa, también estaba allí Ramiro López.

-Hola Amanda, que bueno que estés aquí,...pues sobran cajas y faltan brazos...la interceptó en la puerta.

Hasta ese momento, Amanda siempre lo había visto vestido de traje y corbata con un estilo bastante sobrio y monocorde, esta era la primera vez que lo veía vistiendo ropa informal; jeans y camiseta gris con el logo de Batman.

-¿Batman quiere atrapar al Joker?...en tono divertido, le preguntó.

El apenas sugirió una tímida sonrisa, mientras pegaba con cinta ancha, una enorme caja repleta de juguetes.

-Probablemente, tenga que rescatar a alguna mujer en problemas... y le guiñó el ojito izquierdo.

Las mejillas de Amanda se acalararon burbujeantes.

Por fin habían ya terminado de llenar el camión de mudanza, cuando Ramiro le preguntó dónde había dejado su automóvil, y muy cortésmente ofreció ayudarla a quitarlo de allí, pues la autopista no era un lugar seguro para dejarlo sin atención.

La acompañó a remolcar su auto y se lo llevó dejándole en reemplazo su camioneta, para que Amanda tuviese movilidad esos días.

Le comentó que su padre, 'casualmente' era mecánico y que podía revisarlo sin problemas.

Mientras en silencio manejaban en dirección al Mazda que llevaba ya un par de horas abandonado en la autopista, Amanda pensaba, en lo dulcemente perversa que estaba siendo la casualidad o el destino con ella.

Al parecer, una fuerza sobrenatural conspiraba para tejer sus universos con lana de un mismo color.

Apenas cruzaban las palabras de respuesta.

No era buen momento de hablar.

Los pensamientos estaban desordenados dentro de sus cabezas; pero a pesar del silencio, Ramiro no parecía sentirse incómodo con la reserva y la compañía de esta joven que, en el asiento del copiloto, parecía una estatua griega, de orgulloso perfil y mejillas desnudas y enrojecidas.

En la mirada de Ramiro, nació un brillo espontáneo, travieso y audaz, del infeliz que es feliz sin saber el porqué de su alegría.

Pensó que era por llevarla a su lado, con la sensación de haber viajado

siempre con ella.

Hablaba todo el rato que permitían los abundantes silencios.

Cuando terminaba el puñado de palabras, cerraba con preguntas de sonrisa que ella respondía con monosílabos y frases de cortesía.

Pensó que los silencios de su acompañante no significaban rechazo sino confusión, pensamientos que solamente ella podía saber con su tierna sonrisa, más tímida que de costumbre.

Era más que evidente, que en el aire se respiraba el calor de una mutua atracción alquímica.

Este hombre la atraía como magneto.

Al parecer también él lo intuía calladamente.

-Quédate con mi camioneta hasta que tu auto se arregle -Insistió galantemente.

A lo cual ella con su mirada cabal, le respondió:

-Los caballeros no sólo se presentan en los festivales autóctonos! - Y nuevamente agradeció cortésmente el gesto.

Amanda sentía cada momento, más interés en este muchacho que parecía tan joven y aun así, se lo veía apacible y maduro.

-Pero no...Yo no estoy para enrollarme ahora en ninguna de esas aventuras del corazón - Intentaba convencerse asimismo, mientras presurosa daba marcha atrás y arrebatadamente lo saludaba.

Había algo en su mirada que parecía hablarle sin palabras.

Una chispa encendida que la invitaba a seguirla.

Un inesperado flechazo de Cupido que se le enterraba en la piel como una redentora inyección de insulina.

A pesar de su resistencia, no cabía espacio en su sillón de Freud, para naufragar en las sombras de sus interrogantes.

La casualidad los enmarañaba una y otra vez amordazando su contingente futuro.

El sol cabizbajo se ponía en el horizonte, y esta doncella suspiraba en su nuevo corcel japonés: una Nissan Navara color Café con mullido tapizado

aterciopelado.

Amanda recordaba las palabras de Florencia, su hermana menor, que unos días antes de partir de Buenos Aires, le había augurado que su oráculo determinaba un nuevo amor en la distancia, y que este, por fin sería el definitivo.

Palabras que habían robado, en aquel momento, una carcajada satírica de los labios de la incrédula Amanda, que pisoteando sus casi tres décadas, no había dado pie con bola, en materia de amores y desencantos.

Amanda era una mujer atractiva y además muy inteligente y cariñosa, pero tenía un gran defecto: por su personalidad más bien extrovertida y elocuente, solía ser ella la chispa de la cita, por lo que se aburría con facilidad en compartir coloquios huecos con personalidades que no la sorprendían en lo más mínimo.

Ella misma atraía a su multiuniverso personajes que en un principio la entretenían, pero que al cabo de una breve presentación, e intercambio mundanal, escurrían sus máscaras colmadas de superficialidad.

Claves suficientemente importantes, para que Amanda rechazara una segunda cita.

Desde pequeña siempre había estado rodeada de gente mayor que ella en edad y por lo general, la nutrían de conversaciones interesantes y profundas.

Cuando ponía sus ojos en algún gavián de su edad, corría el riesgo de no conectar en la misma frecuencia intelectual y por ende, se desilusionaba fácilmente y terminaba manteniendo relaciones más bien de amistad y punto y aparte.

Soñaba con encontrar un hombre que la sorprendiera cada día y estimulara su glotón ingenio, además de comprenderla en su extenso y pasional territorio de trigales salvajes emocionales.

Cometido de principio, complejo, pero no por eso imposible, y que ahora flotaba alrededor de su aura, como dulces melodías de un minuet romancero.

¿Será que Florencia había heredado los poderes psíquicos de la Abuela Checha, y su predicción se cumpliría irrefutable?

-Si supiera! Suspiró...

El estridente bip del horno, interrumpió abruptamente, aquellos pensamientos que Amanda conservaba prolijamente, con bolas blancas de

naftalina en el armario de sus recuerdos.

La pequeña Emily pesaba dormida sobre su brazo izquierdo.

Victoria también se había dormido en el sofá, abrazada a su muñeca preferida: una Barbie a la que le había teñido el pelo de color turquesa y la vestía con ropitas que ella misma, fabricaba con papelitos de colores decorados con brillantina.

Se levantó con los ojos a media asta y retiró el pastel del horno, que por casualidad y sin haberle puesto demasiada atención, había quedado perfecto.

Aprovechó para acercarse al frente de la casa a dar una miradita al panorama.

Parpadeando, miró al cielo, primero por el lado de la calle que sus dos hijas recorrían cada mañana, hasta la parada del transporte escolar.

Siguió la longitud de la calle, con la mirada, deteniéndose en los jardines, las aceras arboladas, y el pequeño huerto de Michelle custodiado por la escultura de una fuente de ángel.

Todo estaba allí, en la calle, igual que había sido el día antes, demostrando que el ayer y el día anterior habían existido.

No había entonces nada que temer, a pesar que los pájaros habían desaparecido, dejando atrás sus nidos en las ramas de los árboles.

Parecía que Irene se había escondido detrás de las sombras del bosque de donde resonaba un silbido ensordecedor.

La gente permanecía expectante dentro de sus casas a puertas bien cerradas en anónimo silencio.

Observó que algunos contenedores de basura rodaban sin rumbo por el mismo centro de la calle lateral.

Entró de prisa y tomó el teléfono para llamar a su vecina averiguando cómo se sentía, pues la había visto muy ansiosa aquella tarde.

-Hola Michelle, habla Amanda, ¿cómo están por ahí?

-Estamos bien, esperando a ver qué sucede...he colocado mi cama en el cuartito del centro de la casa por las dudas, aquí hay más resguardo... suspiró asustada -.

Se le notaba el nerviosismo en su voz.

-Acabo de escuchar por la radio que el puente de Hudson Valley ha quedado totalmente destruido por el viento y que están todas las carreteras cortadas al tránsito; el esposo de Jennifer está atascado en Morganton Road y le ha dicho que nos avisara.-

-Ni loca salgo de mi casa en este momento! – Bueno, pues cuídense y sabes que eres bienvenida en nuestro sótano.

Amanda había decidido pasar la noche allí donde tendría mejor reparo contra los vientos.

Acomodó a las niñas a su lado y se tapó con una manta, rezando a Dios, que la tormenta se corra hacia el Este y que no azote hogar alguno.

Abrazada a un cojín, cerró sus ojos y prosiguió reivindicando su recapitulación con lujo de detalles y reviviendo cada uno de esos momentos que la habían hecho transitar sobre una nueva ruta de vida, totalmente inesperada.

Amanda no sabía qué pudiese suceder esa noche.

Deseaba disfrutar de imá